

Escapismos que te escapan



Hoy. Me dijeron que hoy, me lo iban a decir. Lo prometieron y hasta casi, casi, casi me lo juran. Solo se que el mañana nunca existe, y que existe solo el hoy y nada más que el hoy.

Anoche sucedió algo muy extraño. No se quien era, y ni siquiera si la vi. Fue tan solo una sombra que entre imágenes oníricas, en un desbordado frenesí visual, me lo dijo casi en un susurro, apenas más fuerte que el viento que se filtraba en las ventanas.

- *Pensá por vos mismo, aunque te equivoques muchas veces. Eso vale mucho más que equivocarte... y no te lo olvides nunca, jamás.*

Los años me pesan en el cuerpo, demasiado. Y ya voy pensando y meditando en esta vida y sobre todo en su final, y así compruebo que el gran secreto de los viejos es saber que uno no cambia para nada a lo largo de los años... Solo se cambia en el cuerpo y solo se cambia para peor, mientras van apareciendo las grietas y fisuras de la carne y de la piel. Suspiro y me vuelvo a repetir: ¿Qué me van a decir? ¿Será bueno o será malo? Y mi cabeza me pregunta y me pregunta ¿que es lo que tengo?

Aprender a desconfiar de aquel que lo observamos pulcro y sin defectos, es haber logrado superarse y despertar. Perfección de los humanos, aparente perfección, y eso si que es de temer y mucho más, de desconfiar. Charca inmunda que se esconde por detrás de las fachadas de maquillajes y perfumes. Dolorosa decepción que te enseña y diferencia cual es el grano y cual la paja, que solo abulta y que no llena. Pues solamente simulando se logra el ser perfecto en este mundo. - *¡Este medicucho que me atiende, me parece demasiado pulcro, demasiado astuto y demasiado lejos de lo que yo espero que él me diga!*

Estar enfermo es una forma más de soledad... Estar enfermo es reconocer la dependencia brutal en que vivimos. Estar enfermo es tener que llenarte el alma de pastillas... y las pastillas son como una hoja de ruta espiritual, que te lleva a mejorar a veces, y otras muchas a empeorar.

El hospital y sus camas son un territorio nunca escrito, pero vivo. Las enfermeras pasan a tu lado y algo te preguntan, en sus eternas recorridas del amanecer. Con algunas es difícil y con otras, un segundo tan solo de contacto con sus voces, y te hacen sentir todavía un poco más enfermo y desvalido.

Mi compañero en la otra cama, tiene un gran ramo de flores durmiendo sobre su mesa de luz. Las miro en la penumbra y adivino que esos pétalos, esconden muy tímidos a una soledad incomparable. La enfermedad siempre te interroga, siempre te cuestiona en los "por qué y para qué se vive"... Y esas preguntas se las revive con los otros, con los que también se las preguntan y con los que nunca, nunca se interrogan a si mismos.

Penumbras de las primeras luces y de los primeros ruidos. Mañanas sin demasiados diálogos, en una quietud solo aparente. Amanece y en los primeros reflejos se disuelven los enfermos y sus camas. Y son sus camas y es el todo, que se transforma en una unidad viviente que late y que palpita. Son los espectros, que como burbujas van subiendo, en un ambiente de contrastes, con mucha luz y con mucha oscuridad... mientras que el sol nos va invadiendo por una ventana enorme, y la noche, se escapa, huye y se esconde por debajo de las camas.

En los baños aparecen varias colillas aplastadas, haciéndose las tiernas inocentes y durmiendo en las cajitas del jabón, mientras que en la pared alguien escribió con lápiz la palabra "amor". No alcanzan las piletas, ni los orinales y menos, los ocupados inodoros... pero el ruido de canillas y el tirar de las cadenas, acompasan al lento rotar de las necesidades satisfechas. Por un poco, por un rato, me olvido de lo que hoy tienen que decirme.

Una sala de internados que despierta es un lenguaje singular, un casi mágico, una puerta a universos paralelos, mientras que la mente de cada uno de los enfermos que la habita, es un pasillo con sus puertas bien cerradas.

A veces uno se enamora de esa mística, sin entenderla ni comprenderla demasiado. Hay sonidos y hay imágenes que se van moviendo juntos en el tiempo, aunque el todo se mueva en los terrenos pantanosos de lo onírico y de lo siniestro, y a veces suceda que las mismas ideas se remontan hasta los confines mismos del delirio. No sé si quiero saber lo que me han de decir.

En la sala se vislumbra el más allá del dolor y de la angustia, y no es de cualquiera el gozar de una sala de internados. El placer en el dolor no es democrático, ni cualquiera ha de gozarlo, pues es solo cuestión de pocos, de muy pocos. La mente necesita imaginar para entender, y necesita de entender para poder comunicarse. Cada enfermo en su mente es un enigma. Hoy me lo han de decir, llegará el resultado... pero no quiero saberlo.

Pasa a mi lado una enfermera que me parece muy hermosa... y le sonrío. Hay una dimensión erótica en ese querer transformarse en ese otro. Es la necesidad misma de tener un ideal, para llegar a ser algo más de lo que ya somos ahora

– *Enseguida viene su médico y va a hablar con usted.*

Pero no. Me visto y me marchó. Corro por pasillos, atravieso escaleras y corro por detrás de la alegría de vivir. La energía me invade, el sol enciende la sombra de mi cuerpo que se fuga. No quiero saber de mi diagnóstico... ¿Para qué? Quiero escaparme, quiero sentirme libre aunque me sienta enfermo. Quiero sentir la dicha de escapar, de sentir que todavía puedo, que todavía soy muy fuerte. El sentido de la vida, el que yo pienso, solo lo sé yo y nadie más que yo. La vida por la vida misma, cruzando por el parque que circunda al hospital que va quedando atrás.

El corazón me golpea y me golpea. Me golpea y me grita por detrás de mis gestos y palabras. La realidad que me rodea se astilla, se me hace muy extraña, y aparezco en el suelo y de rodillas, mientras mi boca balbucea una oración que la aprendí cuando era todavía un niño... Y me levanto, y corro.

Igual lo mío será el privilegio enorme del saberme vencedor que despotrica contra la mediocridad universal. Quiero un taxi, quiero un avión, o quiero un algo muy rápido que me lleve lejos, muy lejos del hospital y de mis debilidades. No quiero, no quiero saberlo...

El sol afuera lo va entibiando todo. El hospital amanece en un día más del infinito. Un sobre con estudios que se abre y un médico, que también se lamenta por lo bajo.

– *Pobre tipo... ¿así que se fue? ¡...mirá vos, se escapó! ¡Qué lastima no poder avisarle que le dio todo muy bien!*

Fin
Fin